

Nosotras contamos...

LA HISTORIA DE MUSKIZ

Memoria histórica colectiva
de las mujeres de Muskiz



Berdintasun Salla
Area de Igualdad

Presentación

En 2012 el Área de igualdad y Derechos Humanos del Ayuntamiento de Muskiz elaboró el documental “Nosotras contamos... la historia de Muskiz” en el que las mujeres de esta localidad cuentan parte de la historia del municipio a través de su mirada y sus vivencias. Hoy presentamos el libro que recoge estos testimonios.

Estás ante el libro que recoge los testimonios de algunas mujeres de Muskiz para que nuestras voces sean escuchadas,

Se trata de un acto de justicia, ya que la sociedad se ha compuesto siempre, de hombres y mujeres, pero las mujeres y los niños y niñas hemos sido doblemente víctimas en nuestra historia, padeciendo la guerra, la post guerra y la dictadura, pero además, encasquilladas en el rol de la sumisión, sin ser reconocidos nuestro lugar en la sociedad como personas de pleno derecho. De hecho hasta 1931 las mujeres no podían votar. Se nos calló la voz...

Todavía hoy ocupamos diferentes lugares, disfrutamos de diferentes cotas de poder y existen diferencias en el mundo laboral... pueden intentar justificarlo dando razones históricas, sociales o culturales, pero no nos conformarnos. Debemos ser conscientes de que es necesaria la igualdad real, más allá de las leyes.

Es por eso que hemos querido dar voz a las mujeres de Muskiz, sin cuyo testimonio la historia está coja. Esperemos que ahora cojee menos.

Miriam Barrio Díaz
Concejala de Igualdad y Derechos Humanos

Introducción

A lo largo de este proyecto se ha dado voz mujeres del municipio de Muskiz, mujeres que vivieron momentos difíciles como la Guerra Civil, la posguerra o la dictadura franquista. El objetivo era conocer cómo fue su vida y al mismo tiempo la del pueblo. Se han recogido las estrategias que estas mujeres llevaron a cabo para salir adelante durante un momento de la historia muy dura para gran parte de la sociedad y, en especial para las mujeres, puesto que la doctrina franquista estableció un modelo de feminidad completamente rígido e inalcanzable que las obligó a vivir bajo unos parámetros que hacían muy difícil su desarrollo personal.

Hemos querido dejar constancia de las aportaciones de las mujeres a la vida social, económica y cultural de Muskiz porque muchas veces esta contribución no se ha visibilizado lo suficiente a la hora de contar la historia.

No se trataba de realizar un estudio científico ni académico sobre la situación de las mujeres en esa época, sino de que conocer, a través de las protagonistas, cómo vivieron dicha realidad, cómo organizaron sus vidas, cuáles fueron los trabajos que realizaron, en qué condiciones; cómo eran sus relaciones personales, la educación, el matrimonio, cuáles eran sus metas personales, etc.

Durante la dictadura franquista, las mujeres dejaron de tener los derechos que la Constitución de 1931 les había otorgado, como la igualdad con respecto al hombre y el derecho a voto. Con el Régimen, las mujeres pasaron a asumir el papel de madres y esposas. Las mujeres casadas no tenían acceso al mercado laboral. Con el Fuero del Trabajo promulgado en 1938, el Estado reguló el trabajo a domicilio, pero sólo podían trabajar las mujeres solteras o viudas, además, si se casaban, debían firmar su despido voluntario un mes antes del enlace, según lo dictaba la Ley de Reglamentaciones Laborales de 1942, y para acceder a él, dos años después, la Ley de Contratos de Trabajo decía que debían contar con la autorización del marido. Además, los sueldos eran más bajos. Por todo esto, era difícil sacar adelante el hogar y, aunque existía la cartilla de racionamiento, para los productos de consumo básico, no era suficiente la cantidad que recibían para alimentar a toda la familia y muchas recurrieron al estraperlo, cambiando productos, manufacturados por ellas mismas, por alimentos.

La familia era una jerarquía en la que la mujer estaba supeditada al varón y los hijos a los padres. La revista de la Sección Femenina, liderada por Pilar Primo de Rivera, enseñaba a las mujeres a comportarse, siempre supeditadas al hombre, sin derechos, sin opiniones, sólo sumisas. Por supuesto que el adulterio estaba castigado por el Código Penal.

La situación laboral de las mujeres mejoró en 1959 con el [Plan de Estabilización](#), en 1961 con la Ley sobre Derechos Políticos, profesionales y Laborales de la Mujer, que acababa con la discriminación salarial y de acceso al trabajo, aunque continuaba en vigor la necesidad de la autorización del marido. Esta obligación se mantuvo hasta 1976, cuando entró en vigor la Ley de Relaciones Laborales. También fue importante en 1963 el [Plan de Desarrollo](#), ya que se necesitaba más mano de obra y se recurrió a las mujeres para ello. En 1973, como preparación al Año Internacional de la Mujer de 1975 llegó la excepción discriminatoria, el gobierno dio el cargo de jefas locales de

movimiento (alcaldesas) a 7 mujeres, las primeras y únicas alcaldesas de la dictadura.

Las mujeres que han participado en este proyecto, vivieron todos estos procesos, pero, ¿cómo los vivieron? ¿Qué sentían? ¿Qué esperaban? ¿Qué hicieron? Esto es lo que hemos tratado de recoger en este documento: los testimonios de vida de mujeres anónimas de Muskiz, aquellas que han contribuido de manera decisiva a lo que hoy es este municipio, con su trabajo, con su esfuerzo y sacrificio, con su ilusión y sus ganas de salir adelante...al fin reconocidas.



Objetivos

Objetivo general

Dar a conocer las vivencias de las mujeres del municipio de Muskiz para hacer visible su experiencia y reconocer así su aportación al desarrollo socio-económico del municipio y de la zona.

Objetivos específicos

- Poner en valor el papel de las mujeres de Muskiz y reforzar su autoestima a través de sus historias de vida.
- Desmontar creencias basadas en los roles y estereotipos de género a través de las historias de vida de las participantes.
- Fortalecer la presencia y participación de las mujeres de Muskiz.
- Propiciar el debate sobre la igualdad entre diferentes generaciones.
- Reflexionar sobre el papel de mujeres y hombres en la sociedad.

Metodología

En esta investigación se ha llevado a cabo un trabajo de campo basado en la recogida de información proporcionada por las mujeres de Muskiz, ya que son ellas mismas las mejor legitimadas para hablar sobre lo que encierran en su memoria colectiva. Hemos planteado un análisis de las historias o relatos de vida de las mujeres que viven en Muskiz, es decir, que habiendo nacido allí o habiendo migrado de otro lugar, se sienten vecinas del pueblo. Mujeres de diferentes generaciones que mediante su biografía individual nos han ayudado a completar la historia colectiva de las mujeres de Muskiz.

Este documento es el resultado final del proyecto y en él se recogen los datos que las mujeres han ido proporcionando, así como las citas más significativas que se han extraído de las diferentes entrevistas y grupos de debate. Así, ellas son, como se verá a continuación, las que narran su propia historia. Contamos con el apoyo de fotografías y documentos que las participantes han querido destacar por la relevancia que tuvieron en sus vidas o en la historia del municipio.

En cuanto a la participación, a lo largo del proyecto, bien a través de entrevistas, bien en los diferentes grupos de debate que se han realizado, se han recogido los testimonios de unas 40 mujeres de edades comprendidas entre 67 años y los 98.

Se seleccionaron previamente temas generales para que las mujeres se centraran en aspectos concretos de su vida y poder así ordenar las intervenciones. Los ejes que se eligieron fueron los siguientes:

- Infancia y juventud
- Educación
- Matrimonio y maternidad
- La vida doméstica; trabajos que realizaban en casa
- Mundo laboral
- Influencia de la religión
- Ocio, fiestas



La memoria de las mujeres

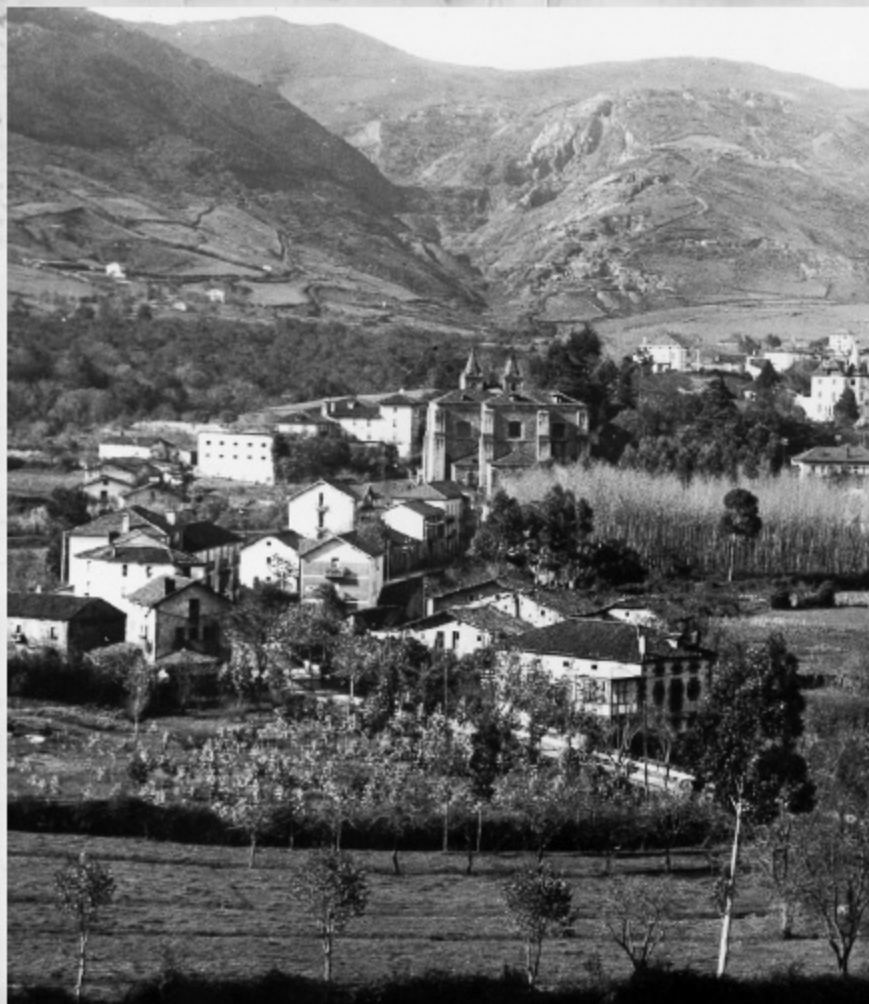
Muskiz

Todas las mujeres que han participado en este proyecto, se sienten unidas de forma especial a su pueblo y así lo han expresado. Son mujeres que han nacido en los diferentes barrios (Pobeña, San Martín, Santelices...) o que han venido de otros lugares, pero que se sienten parte del municipio y del desarrollo del mismo.

“Soy somorrostrana “con muchos humos”, he vivido aquí toda la vida y al pueblo le quiero mucho”

Se muestran contentas con la evolución del pueblo y consideran que ahora está muy bonito. Las mejoras son, para todas, evidentes: los servicios “antes no había nada”, las tiendas, la casa de la cultura...

“Antes había que ir al médico a Barakaldo. Yo iba en tren a las siete de la mañana y tardabas mucho, era una aventura... si no se averiaba a mitad de camino, porque eran aquellos trenes de madera. ¡Cuántas veces me he tenido que bajar en Putxeta y venir desde allí con el carro, los dos críos y toda cargada!”



La familia: composición, tareas y roles

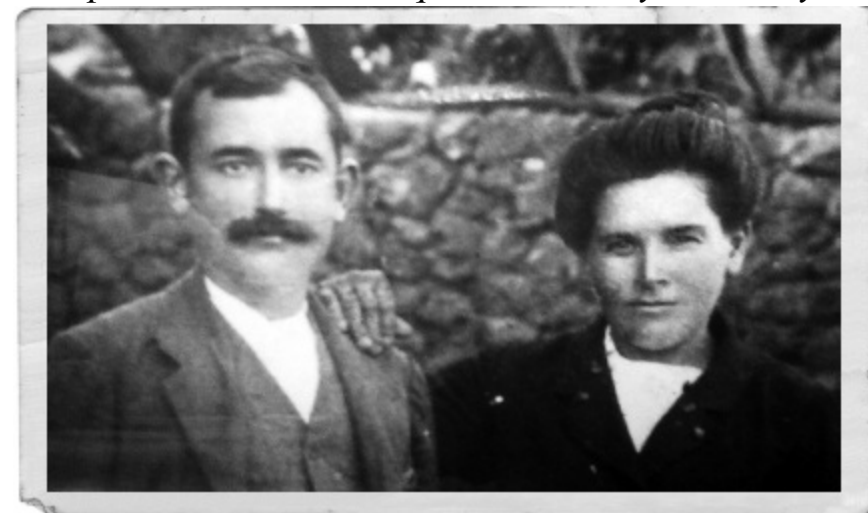
La mayoría de las mujeres, sobre todo las de mayor edad, cuentan que sus familias eran numerosas, con muchos hermanos y hermanas; era también muy habitual que algunos parientes convivieran con las familias por diferentes motivos: necesidad económica, soltería, soledad, etc.



Por otra parte era muy común que todas las hijas e hijos no sobrevivieran a la niñez o incluso murieran en el parto o de recién nacidos, ya fuera por enfermedades, accidentes o simplemente las malas condiciones de vida.

En todo caso, todas coinciden en que la familia estaba mucho más unida, las responsabilidades para con la familia eran compartidas, se cuidaban, se ayudaban...y los recuerdos de la infancia, a pesar de que a muchas de ellas les tocó vivir la guerra o la postguerra, son en general recuerdos muy felices.

“Mi padre nos enseñó a querernos, a ayudarnos y a ayudar a los demás”



Las madres llevaban el peso de la casa, con todo el trabajo que esto suponía: lavar, confeccionar la ropa, el cuidado de los hijos e hijas, cuidar la huerta...durante los años de la guerra, mientras los hombres se iban al frente, las mujeres debían además, buscar algún ingreso, algo que conseguían realizando trabajos en otras casas.

“Cosía, hacía colchones, hacía de todo para sacarnos adelante”

“Fíjate qué madre sería que cuando le hicimos el homenaje a Dolores Ibarri, que yo le puse el ramo de flores en el brazo a Dolores, el jefe de La Casera, me dijo que ese homenaje se lo tenían que haber hecho a mi madre”.

“Mi madre limpiaba fuera y los niños nos criábamos más solos, no dábamos tanto trabajo. Nos llevaba al médico cuando nos poníamos malas, pero poco más”

“Mi madre trabajaba como una burra. Arreglaba todo el ganado, sembraba...terrible. Mi madre fue

una mujer para no olvidar”.



El padre de una de las entrevistadas se murió cuando nació el hijo más pequeño; ella tenía 3 años, y la madre se quedó a cargo de seis hijos e hijas, además de sus sobrinos y sobrinas que también eran seis y vivían en la parte de arriba del caserío, con la familia, porque su padre y su madre habían muerto. La madre tuvo que trabajar duro, pero aún así era una persona muy alegre que siempre estaba cantando; cuenta que “iba a la huerta, cavaba, hacía de todo. Para ganar algo de dinero también ayudaba a matar cerdos en otros caseríos”.



La infancia

Las mujeres rememoran la infancia con una sonrisa. Casi todas recuerdan una infancia feliz, aunque en aquella época, a los siete años muchas ya tenían que realizar tareas propias de mujeres adultas. Tanto las niñas como los niños ayudaban en los trabajos de la casa, en la huerta, con los animales, aunque algunos sólo los hacían las mujeres, como ir al lavadero, o incluso coser la ropa de toda la familia.

“Con siete años yo iba al lavadero a lavar la mudilla de mi hermano el que había nacido. No sé cuánta distancia había de mi casa al lavadero, pero la cuesta era tremenda. Mi hermana, que tenía tres años menos que yo y aún vive, también cuidaba del niño, porque mi madre no podía, ¡tuvo cuatro bebés en 30 meses!”

“Yo con siete años me hacía mis propios vestidos y los pantalones de mis hermanos. Cosíamos bien, sin haber ido a aprender... ¡tampoco teníamos otros medios!”

“La madre nos ponía en una cestita “la basura”, que era “lo de las vacas” para que fuéramos poniendo en la torquilla, que era el agujero donde se plantaba la patata, que la sembraba ella, al igual que el maíz, la verdura... Todos aportábamos nuestro trabajo para tener patatas para todo el año, bueno ¡hasta que duraran!”

En ese sentido, sus madres se ocupaban de enseñarles lo que las mujeres tenían que saber para salir adelante: “Teníamos unas madres que sabían hacer de todo y nos enseñaban muy bien, no como ahora. Mi madre ponía un cocido buenísimo con las cosas de casa: un pimientito, un puerro...lo que fuera. Guisaba un cordero riquísimo, y unas alubias...”

Otra de las tareas de las que muchas de ellas se ocupaban era la de llevar la comida a los padres y hermanos al trabajo, es decir, a las minas o a las fábricas, según la época. Más adelante bajaban las cestas de comida al tren que las llevaba hasta las fábricas. La mayoría de los padres y maridos de las mujeres que han participado trabajaban en las minas, “Venían hasta de Castro para trabajar en la mina; yo conocía a muchos chicos que venían de Castro, de Sámano y de toda esa zona. Eran otros tiempos y no había más oportunidades que la mina. Estaba “el ochenta”, “el cien”, tenían un nombre que era la profundidad a la que bajaban, con una luz, a sacar el mineral...muchos conocidos murieron allí.”

“Yo iba a llevarle la comida a mi padre, que trabajaba en la mina de Covarón. Me daba miedo, pero bajaba a las galerías para encontrarle. Luego ya estaba acostumbrada”

A muchas de ellas la guerra les sorprendió en la infancia. Los recuerdos son borrosos en ocasiones, pero tienen una imagen muy clara, “la de pasar mucho frío, de estar siempre con los pies mojados, tosiendo...murió mucha juventud tuberculosa en Somorrostro”. “Las enfermedades debidas a las malas condiciones de vida fue otro gran problema de aquella época”, cuenta una de las mujeres. La tuberculosis era una enfermedad muy común. Su tía murió de tuberculosis y dos de sus primas también la tuvieron y murieron, una a los 18 y otra a los 21 años.



La educación, la escuela

La época de la escuela no fue igual para todas las mujeres. En general acudían desde niñas a las diferentes escuelas de la zona: la de La Rigada, la de Cantarranas, la de “Gurugú”, etc.

“Yo fui a la escuela de La Rigada, tenía una maestra muy buena, Doña Celestina, que nos enseñaba muchas cosas”.

En las familias se mandaba a las niñas y a los niños a la escuela sin distinción, aunque a veces, por las inclemencias del tiempo, las que vivían en caseríos alejados de la escuela, no podían. Algunas mujeres recuerdan la importancia que se le daba al aprendizaje en sus casas: “Repasábamos la lección cada noche; para mi padre lo primero era la escuela, pero después, por las noches, nos cogía la lección. Además, nos enseñaba cantares de sabiduría, como por ejemplo “¿Cuántas partes tiene el mundo según la geografía? que muchos no lo saben todavía: Europa, Asia, África América y Oceanía”. Mi padre no nos enseñaba cualquier cantar, sólo los que nos ayudaban a aprender”.



Se acuerdan de la escuela de Doña Ana a la que iban desde los cuatro años hasta los siete, estaba en el Crucero. Después iban al colegio que está un poco más arriba del ayuntamiento, le llaman el Castillo y lo llevaban monjas catalanas. Otra recuerda que a Doña Ana, las alumnas que vivían en el campo le traían regalos, una gallina, pollos.... Y “eran bien recibidas y bien tratadas, pero las que no llevaban nada no”. Después, en la escuela de Santelices tuvo dos maestras de Bilbao y “aquello era la gloria porque eran inmejorables. Doña Camila y Doña Lola, en aquel entonces eran todas doñas”. Las monjas en navidades, el día de Reyes, sorteaban la ropa que les iban regalando a lo largo del año. Se acercaban niños y niñas del pueblo aunque no fuesen de ese colegio. Una de las mujeres recuerda que a ella le tocaron unas bragas y la costumbre era enseñarle al párroco, Don Pablo, lo que les habían dado y ella tuvo que ir a enseñarle las bragas, “aunque me dio mucho apuro”.

Una de las mujeres tiene un recuerdo especialmente malo de la maestra de la Escuela de Cantarranas: “Yo he sufrido muchísimos dolores de la cabeza, desde muy pequeña. No era buena en la escuela porque no tenía muy buena memoria; recuerdo estar con un dolor de cabeza terrible y la profesora me mandaba poner la mano y me pegaba. Yo sentía que perdía el conocimiento... Lo de la escuela era durísimo, nos mandaban hacer la instrucción (levanta el brazo, con el saludo fascista)”.



Las mujeres que fueron a la escuela comentan que en su época no pensaban en lo que trabajarían de mayores porque “no se pensaba en eso”. Las escuelas se cerraron durante la guerra.

Las que estaban escolarizadas durante la dictadura, recuerdan con rabia las obligaciones que el régimen impuso en las escuelas: “Cuando estábamos en el colegio nos obligaban a “hacer Falange” en el ayuntamiento. Venía una chica de Baracaldo, Ana Mari, y otra de Las Carreras. Nosotras no queríamos hacerlo, nos enseñaban canciones. Cantábamos: “somos camisas azules de la falange Imperial, venimos de campamento con paso alegre. Fíjate, todavía me acuerdo, ¿eh?”” Todo esto teníamos que hacer a la fuerza. Yo con las tripas que tenía, que habían matado a mi padre... ¡a ver cómo ibas a querer hacer aquello! Pero lo tenías que hacer”

Recuerdan que se separaba a las niñas y niños, incluso aunque compartiesen el mismo espacio. “En la escuela Cantarranas, estábamos en una nave grande, las chicas aquí y los chicos allí, y no que no se te ocurriese mirar, eh? Porque había más que palabras”.

La Comida

La mayoría de las participantes vivieron épocas de escasez en la niñez y la juventud, algunas durante la guerra y la postguerra, otras más adelante, durante los primeros años de dictadura, pero casi todas ellas tienen la imagen de su infancia y juventud como una época en la que no había ni cantidad ni variedad de alimentos.

Las que vivían en caseríos no pasaron hambre gracias a las pequeñas huertas de subsistencia y a que, en los mejores casos, tenían alguna vaca o gallina que “nos aseguraba el desayuno y la cena”.

El pollo era un lujo en aquellos años; una de las mujeres dice que nunca vio a su madre “poner un pollo, jamás”, comían sopa con mucho fideo.

“Teníamos que comer pan negro y yo le decía al panadero, “dame otro, dame un chusco Pedrillo” pero él me decía “no te doy que te envenenas, que está hecho con alubias podridas”. Las familias no tenían nada para comer, nos daban una cartilla de racionamiento, pero no había casi nada. Mi madre solía ir a Bilbao a hacer cola y comprar lo que pudiese. Lo que más se comía era alubias, pero no pasamos hambre gracias a la huerta”.

Una de las participantes cuenta que “carne comíamos los sábados o los domingos”, pero eso más tarde cuando ya tuvo a su hija e hijo y el marido trabajaba. “Ensaladas comíamos pocas”, porque en esos años no había costumbre de comer ensaladas ni tomates crudos, “sólo se embotaban.”

Una pescatera venía de Castro a llevarles pescado a casa y los domingos un chico, también de Castro, al que llamaban “Baje” porque decía “Bajen señoras, bajen, que traigo jibiones.”



Los juegos

Teniendo en cuenta que la niñez transcurrió en el campo, en los caseríos, y que las familias eran numerosas, las niñas siempre encontraban tiempo para jugar:

“Por las noches, antes de estudiar jugábamos a escondernos, “a banderas” ...nos lo pasábamos muy bien, porque éramos trece, pero además la gente que vivía cerca, las familias vecinas, también tenían muchos hijos, ¡la que menos igual tenía cuatro o cinco! Éramos muchos niños para jugar.”

Una de las mujeres habla de la escasez que había, que también se reflejaba en los juegos. “No teníamos nada para jugar porque pasamos mucha necesidad. Jugábamos con los platos y tazas rotas que echaban a la basura en la parte trasera de un bar. Vivíamos en un barrio que estaba donde ahora está la fábrica de Petronor”.

“Jugábamos a las tabas, al corro de la patata, a los alfileres (echaban los alfileres al suelo, parecido a la petanca), “a tres navíos en el mar” (el escondite)...”



La ropa

La ropa de toda la familia se confeccionaba en las casas, todo excepto el calzado, aunque una de las mujeres afirma haber usado almadreñas (zuecos de madera) “porque la madre no tenía dinero para calzarnos a todos”.

Una de las participantes recuerda que de pequeña, ella y su hermana iban vestidas iguales. La madre les hacía la ropa con ropa usada que les regalaban. Recuerda que tuvo un vestido durante 26 años, con un estampado de pimientos.

“Mi madre de lo viejo hacía nuevo, porque las camisas se estropeaban primero por arriba, así que con la parte de abajo nos hacía bragas. No duraban nada, nos ponía un remate de ganchillo, pero ¡tardaba más en hacerlo que lo que tardaba en romperse!”

“Mi hermana y yo hacíamos “soletas”, cogíamos los calcetines por donde se rompían, por los talones y las punteras, cogíamos los puntos y los hacíamos nuevos. En casa no se paraba ni de día ni de noche, trabajando.”

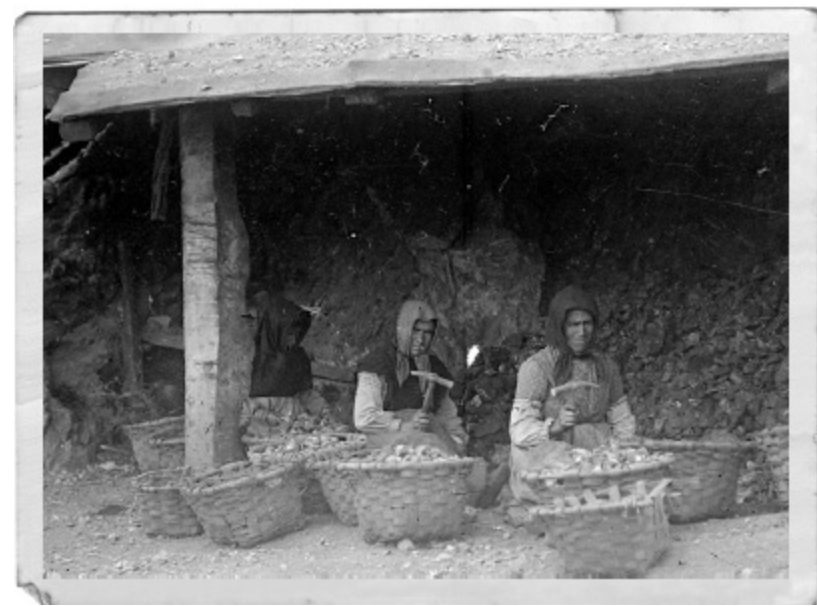
“La ropa en mi casa la hacía mi madre “como caía, con unos fruncidos y un lazo atrás e íbamos que nos matábamos”. A veces cuando había algo de dinero mi madre compraba una tela e iba a la modista que se lo hacía, pero eso era muy de tarde en tarde, porque el vestido de los domingos no se ponía los días de labor”.

“La ropa de los hijos, las chaquetitas y todo eso me lo hacía mi sobrina que era modista. A veces comprábamos la tela para hacer pijamas. Eso sí, el primero que lo cogía se lo ponía, daba igual que fuera niña o niño, no como ahora, que... ¡Ponle tú a un niño una chaquetita rosa! Buuu! Cuando aquello se guardaba la mejor ropa para ir al médico, que había que ir a Barakaldo”.



El trabajo

La explotación industrial de las minas supuso un gran cambio económico para la zona y trajo consigo un fuerte movimiento migratorio. Miles de familias llegaron de diferentes provincias españolas en busca de trabajo, a pesar de no contar con infraestructuras suficientes.



Una de las participantes recuerda las condiciones en las que vivió de niña con su familia cuando llegaron de Extremadura: *“Vivíamos en un gallinero. La dueña se portó muy mal, no teníamos chapa ni nada, pasábamos mucho frío, A veces nos dejaba entrar en su casa un rato, pero cuando venía el marido nos echaba. Teníamos un hornillo de petróleo donde cocinábamos, no había wáter y había muchas goteras”*.

El trabajo agrícola queda entonces relegado a un segundo plano porque los hombres van a trabajar a las minas, un trabajo claramente masculinizado, mientras que las mujeres se quedaban en casa, cumpliendo el ideal femenino de la época. Pero las durísimas condiciones de vida en la zona y los bajos salarios de las minas tuvieron una consecuencia práctica: el trabajo femenino e incluso el trabajo infantil, que resultaron claves para sostener un sistema que producía grandes beneficios. Por eso cuando hablamos del trabajo remunerado, casi todas las participantes cuentan que quienes trabajaban fuera de casa eran los hombres, los maridos. La mayoría de los padres de estas mujeres trabajaron en las minas, aunque algunos trabajaban, además, en el propio caserío familiar. Más adelante, los hombres trabajaron en las fábricas y astilleros de la Margen Izquierda, en la Babcock, en La General, en La Naval, etc.

“Cuando se construyó la refinería fue importante porque si no, el pueblo estaría muerto, aunque también vino mucha gente de fuera a trabajar en Petronor”.

Pero nuestras protagonistas, así como sus madres, no sólo trabajaron en casa. Además de ocuparse de la casa, del bienestar de la familia, de la huerta y demás tareas reservadas exclusivamente a las mujeres, muchas de ellas tuvieron trabajos remunerados fuera de casa. En algunos casos era para aportar a la economía familiar, pero en otros, por diferentes motivos, los salarios de las mujeres constituían la base de la economía doméstica.

Todas las mujeres que han participado en este proyecto, sin excepción, recuerdan a sus madres trabajando muchísimo, siempre de un lado a otro sin parar. Las tareas domésticas de entonces, sin facilidades, eran un trabajo duro como el que más, que todas ellas aprendieron desde la infancia.

Una de las mujeres cuenta que con 13 años fue a “servir”. Tenía que cuidar de unos niños, pero como era la mayor de siete hermanos, ya estaba acostumbrada porque en su casa ayudaba a su madre. Su madre trabajaba también fuera de casa, iba a “lavar coladas, hacer colchones, arenar escaleras, lo que podía.” “Para hacer los colchones había que varear la lana, ahuecar, metiendo unos cordones entre medio...era un trabajo duro”.

“¿Qué hacía mi madre? Pues catar el ganado (ordeñar), hacía la comida y lavaba, y cosía. Teníamos 5 ó 6 vacas y ella se levantaba a las 5 ó 6 de la mañana a catarlas y luego lo hacía otra vez a la noche”.

“Nos ha tocado fregar mucho porque el suelo era todo de madera, y había que dejarlo brillante todo, como un sol...ir a por agua a la fuente”. “La hermana mayor cosía la ropa para todos”

“Yo he trabajado tanto en la huerta, que hoy en día no tenía que estar derecha, tenía que estar torcida”, “tenía que hacer la comida, pero no como ahora que tenemos cocina eléctrica, si no de gas...cuando aquello la cocina iba a base de leña y había que ir al monte a buscarla”

En cuanto a los trabajos que las mujeres realizaban para “sacar algún dinerillo”, estaban el ir a servir a casas más pudientes (a veces a Bilbao o a Las Arenas), la limpieza o la costura principalmente, para la que muchas mujeres de la época recibían formación. Estos trabajos, por lo general, estaban mal pagados, hasta el punto de que en ocasiones, llegaban a pensar si merecía la pena hacer tanto esfuerzo por tan poco dinero. Pero para la mayoría de las mujeres el poco dinero que ganaban era vital:

“¡Cuántas veces me dijo a mí la madre de un concejal que no fuera a limpiar las escuelas, que por lo que pagaban no merecía la pena! Pero yo sí que iba, al principio la escuela era sólo una clase, pero luego hicieron dos clases porque pusieron a los niños por un lado y a las niñas por otro. ¡Jolín, qué contenta me puse entonces, porque me pagaban un poco más, 200 pesetas!”

“Yo estuve limpiando un cine. Me levantaba a las cinco de la mañana para ir a limpiarlo. Para las ocho volvía a casa, preparaba a mis hijos para ir a la escuela y cuando los dejaba, dejaba la comida preparada y volvía a limpiar hasta la una del mediodía, que ya me iba para casa. Después estuve cuidando unos niños en Las Arenas por las tardes, y más tarde me fui a trabajar a Portugalete a un despacho de Harino Panadera cuatro o cinco años”.

“Empecé a trabajar hace unos 40 años, pero no me hicieron fija hasta más adelante, porque entonces no se aseguraba a las limpiadoras. Hacíamos 8 horas y cobrábamos 32.000 pesetas de las de entonces. Primero estuve limpiando en las escuelas, luego en El Valle, en la escuela de Cantarranas, hasta que cogieron una contrata, que nos pasaron a la Casa de Cultura”

El trabajo de limpieza, al igual que los demás, era entonces mucho más duro porque no había tantas comodidades. Un ejemplo que todas las mujeres recuerdan es el de arenar los suelos de madera, de rodillas.

“Teníamos que subir por las escaleras los baldes que eran muy grandes; mis compañeras, para que no los subiera yo, me solía decir “no bajes, que ya te lo subo yo”, pero yo iba y lo subía. El ascensor lo pusieron más tarde, cuando yo me jubilé”

Una de las mujeres nos habla de una larga vida laboral, desde muy joven. Empezó en su propia casa, alquilaba habitaciones y daba comidas “a algún pensionista, la mayoría eran profesores de la Escuela de Artes”. Después, hacia el año 1960 trabajó de cocinera en la Escuela Profesional. “Daba de comer a 150 estudiantes al principio, ¡que luego llegaron a ser más de 300!”.



Recuerda cómo manejaban ollas a presión enormes, “cabrías tú entera”, “todo industrializado”. “Los chavales del último curso servían la comida y en el recreo ponían las mesas”. A veces hacían tortilla y tenían que cocinar “una para cada cuatro” alumnos.

Más adelante puso una pensión con la ayuda de una hermana y otras tres mujeres. “Daba hasta ciento y pico comidas”. Y después, hacia 1977, consiguió la contrata del comedor de Petronor porque muchos de los hombres que comían en su pensión eran trabajadores de Petronor que hablaron bien de ella; así que dejó el comedor de la Escuela Profesional para ocuparse del comedor de Petronor, donde estuvo unos 14 años. Cuando empezaron los conflictos laborales y las huelgas, decidió dejarlo, pero como “no podía estar sin trabajar”, compró una lonja en Portugalete y montó una Degustación, que por aquel entonces estaban “empezando a aparecer”. Ha trabajado “como una leona hasta hace tan sólo 5 años”.

Otra de las mujeres trabajó 25 años en la Escuela Profesional como limpiadora. “*El de limpiadora sí era un trabajo duro porque trabajábamos de 5 de la tarde a 10 de la noche y luego de 6 de la mañana hasta las 9. Además cuidaba de mi hija, de mi padre y de un hermano.*”

“Bueno, yo he sido un todoterreno porque cuando una de las cocineras se ponía mala, allá estaba yo en la cocina”. “Yo era la Gobernanta, tenías un título, pero era lo mismo.” Se ocupaba de organizar al resto y “era la encargada de compras, de limpieza y esas cosas. Luego cuando ya la escuela empezó a organizar eventos yo era la encargada de poner los lunchs, de preparar los salones...” A pesar de tener la categoría de gobernanta y hacer más trabajos que limpiar, le pagaban lo mismo.

En ocasiones, las mujeres iban a trabajar a una casa de sirvientas sin tener ninguna experiencia. Se consideraba que era un trabajo que cualquier mujer podía hacer, que si no sabían algo, ya lo aprenderían. Una de las participantes cuenta que estuvo “sirviendo dos años” en Bilbao, *“me fui de cocinera y nunca jamás había frito un huevo”*, con unos 17 años.



Una mujer comenta que después de casada ella sí trabajó, con su marido vendiendo fruta por las calles. Más adelante alquilaron un bar: *“yo daba muchas comidas y muchas meriendas y mucho de todo. Yo he trabajado mucho en el bar, mucho, mucho.”* Cuando sus hijos ya estaban casados, decidió dejar el bar porque era un trabajo que nunca le había gustado. A partir de entonces, cuando ya tenía unos 50 años, trabajó limpiando las oficinas generales de la refinería de Petronor, durante 15 años, hasta que se jubiló.

“Entrábamos a las 6 de la mañana y salíamos a las 9 de la mañana, y luego volvíamos a las 5 de la tarde y salíamos a las 10 de la noche”. Más adelante cambiaron el horario de 2 de la tarde a 10 de la noche.

“Después de casada trabajé mucho en la huerta” y más adelante en un bar, El Topo, donde *“lo hacía todo, las comidas, servir, todo”*

Casi ninguna de las participantes tenía otras aspiraciones, sobre todo porque no conocían otras opciones, pero hay excepciones, ya que una de ellas comenta: *“A mí me hubiese gustado ser artista. Siempre me gustó el teatro y los espectáculos. La primera obra que vi fue en el Arriaga, “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, nos llevaron en el colegio y me encantó”*. Otra de las mujeres cuenta que le hubiese gustado poder estudiar Psicología y de hecho aprovechó para leer los libros de uno de sus hijos que estudió esa carrera.

No todas las experiencias de trabajo remunerado son tan duras. Una participante cuenta que cuando tenía quince años, un día en el baile se le acercó un sastre de Ortuella y le propuso que trabajara con él. Ella se lo comentó a otras amigas y al día siguiente se presentaron allí. Trabajaron juntos cinco años y se hicieron muy amigos. Tienen un recuerdo muy bueno.

Hubo mujeres que trabajaron en la fábrica de la General Eléctrica hasta jubilarse. *“Entré en el 63 y hacía de todo, bobinados, transformadores, estuve en un archivo...”* En aquella época había muchas mujeres. Los hombres se encargaban de las piezas más pesadas. Cada trabajo estaba clasificado por grados; grado 7, grado 5, etc..... A la pregunta de si las mujeres cobraban igual que los hombres, una de ellas contesta que sí, que en cada grado mujeres y hombres cobraban el mismo sueldo. Sin embargo, otra mujer no está de acuerdo porque *“la categoría de la mujer nunca llegó a la categoría de los hombres; los trabajos de la mujer eran también bastante duros. Yo conocía trabajos de hombres que no eran tan duros como los de las mujeres y tenían una categoría más alta. En encintado nosotras teníamos un grado, lo que pasa es que yo tenía grado de bobinadora, pero en*

encintado tenían un grado 5...y para un grado 5, se trabajaba bastante. Había que darle un barniz y a mí me hacía daño a los ojos aquel barniz”. Una de estas mujeres cuenta que trabajó durante 28 años en la fábrica. Trabajaban a turnos, pero no tenían relevo de noche. Una de las mujeres recuerda que trabajaba de 6 de la mañana a 2 de la tarde, “cogía el tren obrero” de las 5:10 de la mañana. Una mujer, que es pensionista de Iberdrola, trabajó cobrando los recibos de la luz, casa por casa, durante unos 20 años. De ese trabajo se encargaba su hermano que consiguió que se lo diesen a ella cuando él tuvo que dejarlo. “¡He subido y he bajado escaleras que hasta Toledo llegan los kilómetros!”.

Y otra trabajó como carnicera en Muskiz y le gustaba mucho su trabajo. Tenían carnicería propia y ya desde pequeña quería trabajar allí.

En Muskiz, además, estuvo la fábrica de La Casera que “dio bastante trabajo” y antes de eso hubo “una fábrica de punto, donde se fabricaban jerséis y trabajan unas veintitantas chicas. A los chicos y chicas les decían “si no aprendes, ya sabes, al punto o a La Casera”. El hijo de una de estas mujeres no quiso seguir estudiando y trabajó en La Casera, donde tenían buenas condiciones laborales, y la hija trabajó en la fábrica de punto.

Durante la guerra, las mujeres quedaban al frente de todo, “mi madre en aquella época tuvo que hacer todo el caserío, cavar, sembrar, tirar adelante con los hijos y cuidar de mi abuelo, que el pobre también le ayudaba en lo que podía...”

Una de las mujeres trabajó durante la guerra para la Intendencia del Gobierno Vasco, confeccionando la ropa para los soldados en un taller en el antiguo colegio de las monjas y más tarde, como “los nacionales estaban entrenado, el taller se desmanteló” y estuvo un tiempo cosiendo con un sastre, en su sastrería y luego cosía en casa. Recuerda que “hacía pantalones, gorros, chaquetas... Traíamos fardos de Bilbao que ya venían cortados y todo y nostras coser y coser. Éramos seis compañeras”. Luego tenían que llevar la ropa de vuelta a Bilbao.



El hecho de que no hubiera agua en las casas, hizo que el ir a por el agua y a lavar al lavadero fuera una tarea cotidiana para todas las participantes: *“había que ir a por el agua a la fuente. Íbamos con un “sorki” y traíamos el agua en la cabeza y en las manos sin que se nos cayera ni una gota”*. *“Para el lavadero llevábamos un balde grande de dos asas desde casa con agua caliente. Allí echábamos un poco de jabón o una “bola maravillosa” que era de sosa. Esas bolas las usábamos para todo, porque no había más jabón que ese: nos lavábamos el pelo, la ropa, todo. Mi madre cuando veía la bola dentro del agua nos decía: “sacad esa bola del agua”, porque decía que echábamos mucho y se gastaba”*.



“Teníamos que bajar al lavadero a lavar, con unos baldes de ropa. Yo subía a casa con el balde en la cabeza, que cuando me bajaba mi marido el balde, yo me quedaba agarrotada que no podía mover el pescuezo. Luego, que si las paredes de la casa las blanqueábamos, con cal; el suelo era de madera, arenarle con arena, un estropajo y luego aclararlo con una arpillera de saco. Ir a la fuente a por agua y luego, a ver quién llevaba el balde más limpio y con arena y estropajo se limpiaban. Pero en invierno lavar, que eran cuatro hijos, más mis padres, dos, más nosotros dos, éramos ocho. ¡Para lavar para tantos en invierno!”

“Se frotaba a mano y luego en vez de meterlo en lejía se echaba al verde, al campo, jabonado, para que le diera el sol y luego volverlo a aclarar”.



Las mujeres tenían que llevar a hijas e hijos con ellas cuando iban al lavadero “los niños jugaban por allí con hierbas, con palitos o con lo que fuera”. Además, el lavadero era un lugar de reunión para las mujeres: “era como la televisión hoy. Nos hemos reído muchísimo allí en el lavadero, aunque también era duro, hacía muchísimo frío, los calambres hasta los hombros, el tener que romper el hielo para poder lavar... Todos los domingos había que lavar los buzos de los obreros y ¡se ponía todo de grasa...!”

“(...) porque entonces, ir al lavadero era estar allí todo el día”

“He ido a todos los lavaderos del pueblo, llevaba el agua caliente de casa, dejaba la ropa a remojo con Chimbo, y luego la lavaba, porque entonces no podíamos echarle lejía a la ropa, así que la poníamos al sol para blanquearla. Los pañales sobre todo, que había que lavarlos bien y luego en la

última lavada los dejabas al sol para que se les quitaran las manchas. Y la ropa de color la regabas para que no se secase. Empezabas con la ropa blanca y si hacía bueno lo colgabas para que cuando acababas con la de color, con suerte ya te lo llevabas seco, porque si no, tenías que colgarlo en el colgadero de casa”.

Pero el lavadero, además de un lugar de encuentro y de charla para las mujeres era el sitio donde se enteraban de noticias relacionadas con las fábricas, las condiciones laborales de los maridos, etc.

“era el lugar “del cotilleo”, pero también era como los informativos, porque te enterabas de todo; allí te enterabas cuándo les daban una paga extraordinaria en la Naval, si habían subido los sueldos en la Babcock, (que si tu marido trabajaba en la General no le subían), las huelgas...todo”.



En cuanto a las mujeres que trabajaban fuera de casa, la gran mayoría dejaba de trabajar al casarse. Con el matrimonio la vida laboral de las mujeres terminaba para dar paso a una nueva fase: la maternidad y el cuidado de la familia.

“Cuando era joven, durante mucho tiempo, iba a fregar escaleras, tenía que arenarlas porque eran de madera y me pagaban un duro por este trabajo, pero después de casarme lo dejé”

La mayoría de las participantes afirman que tanto ellas como sus madres eran las que administraban el dinero en casa. Una de ellas comenta que los hombres estuvieron fuera de las casas mucho tiempo, durante la guerra, luego prisioneros...por eso las mujeres se acostumbraron a llevar la casa y los gastos. Cuando los hombres volvieron, ese trabajo quedó en manos de las mujeres.

Durante la dictadura, cuando los hombres trabajaban en las fábricas, “traían una tarjetita donde venía apuntado lo que cobraban”; una mujer cuenta que su marido se la enseñaba, pero otros hombres no lo hacían, de manera que las mujeres no supiesen lo que ganaban. “Aunque era él el que lo ganaba, el dinero lo manejaba yo, hasta el punto de que una vez fuimos al cine y no pudimos sacar las entradas porque él no llevaba dinero.”



La juventud y el noviazgo

En contra de las costumbres de la época, la mayoría de las mujeres de mayor edad no se casaban muy jóvenes, sino que lo hacían entre los veinte y los treinta años, ya que casi todas vivieron la guerra en su juventud, por lo que el desarrollo “normal” de sus vidas se vio interrumpido: en un primer momento los novios estaban en el frente, después, muchos de ellos fueron encarcelados; durante la postguerra no se pensaba en bodas...



Todas las participantes coinciden en que “las cosas eran muy distintas”, aunque algunas también afirman que hay muchos mitos que no son ciertos: “muchas mujeres se casaban embarazadas, aunque se ocultaba. Las parejas se besaban y tenían relaciones, aunque “se hacía con más malicia” y se escondían. Lo de llegar vírgenes al matrimonio era un mito que casi nadie cumplía”.

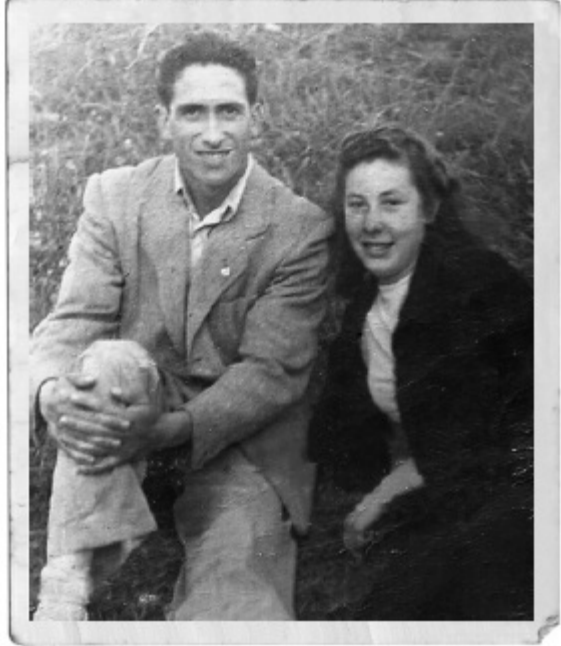


Lo normal es que las chicas sólo tuviesen un novio porque los prejuicios sexistas tenían mucho peso, “si tenías un chico y llevabas mucho tiempo con él, cuando lo dejabas ya tenías muy mala fama. Si un hombre andaba con 50 ¡menudo Don Juan! ¿No? ahora, tú no podías andar más que con uno porque si no eras una puta”. A pesar de que estos prejuicios los sufrían principalmente las mujeres, muchas de ellas los fomentaban: “Y las mujeres en cuanto veíamos que una andaba con uno, o simplemente que llevaba unas mangas japonesas, ya le poníamos mala fama. Pero bueno, ¡qué era aquello!”



Así, también hablan de los embarazos antes del matrimonio, “para las mujeres quedarse embarazadas sin estar casadas era un problema muy grande, pero era algo que pasaba. Se hundía el cielo” “La que quedaba embarazada, ya no se casaba” y “se quedaban para toda la vida solteras, porque muchos hombres ya no se querían casar con ellas”.

Una de las mujeres, en 1950, cuando ya habían muerto su padre y su madre se fue a vivir a Chile con una tía y allí estuvo durante 17 años. Cuenta que “tenía novio aquí y le dije, ahora nos casamos y si no, me largo. Como mi suegro no dejaba casar a ninguno de sus hijos, cogí y me marché”. Más adelante se casarían a distancia, “por un poder” y el marido viajaría a Chile donde ya se casaron por la iglesia, ella tenía 22 años.



Entonces en el pueblo había baile en la plaza los jueves, los sábados y los domingos, “¡pero yo no iba todos los días!” y también había cine. Otras cuentan que iban a Bilbao, al baile de La Casilla: “En el baile de La Casilla conocí al que iba a ser mi marido. Nos casamos con 27 años porque éramos los dos un poco chochos”. “En el Tenderillo”, allí se hacía el baile, lloviese o no lloviese. Eso sí, los chicos sacaban a bailar a las que tenían paraguas, porque ¡a las que no teníamos no nos sacaban!” Recuerda también las romerías con sus padres, como la del Socorro, en Pobeña, que era de todo el día y se llevaba la comida.



Varias mujeres se acuerdan de Pedro, el alguacil, que controlaba a las parejas en el baile. “*Aquel no dejaba ni ir para aquí, ni para allá*”, iba con un bastón. “*Aquí, en el baile se conocían todos. Venías al baile y buscabas novio*”. Recuerdan que en el baile tenían que pagar, pero les invitaban los chicos. Ellas elegían a los chicos con los que bailaban “*¡Ah, no, estaría bueno!*”.

“*Tú bailabas con una amiga, y cuando coincidías con uno que te gustaba, te dabas la vuelta para bailar con él. Después con las chicas del barrio íbamos en cuadrilla a las romerías, pero a las 9,30 de la noche había que estar en casa. Se te iba toda la tarde porque en mi casa comíamos muy tarde por el trabajo de la huerta y yo tenía que dejar la cocina recogida antes de salir, así que me daban las cinco y media por lo menos.*”

“*Estuvimos toda la vida de novios, ¡nueve años yendo en cuadrilla! Hasta entonces yo estuve en el*

casería, no trabajaba fuera”.

Las parejas se conocían sobre todo bailando, en Muskiz en la plaza o en Bilbao, en La Casilla. La relación en las parejas estaba muy controlada por influencia de la religión: *“Estabas no sé cuánto tiempo sin darte un beso porque era pecado...El día que te daba un beso parecía que todos los voltios de Iberduero se te habían revuelto.”*

Una mujer cuenta que antes de casarse su marido estuvo como soldado en el campo de aviación de Muskiz, estaba haciendo el servicio militar. Se casó con él a los 21 años y ella también trabajó en el campo de aviación, limpiando.



El matrimonio

El matrimonio para las mujeres suponía un gran cambio en su forma de vida. Pasaban de estar bajo la tutela de su padre a estar bajo la del marido. Cumpliendo con el ideal femenino de entonces, asumían las responsabilidades que hasta ese momento tenían sus madres: tener hijos e hijas, cuidarles, llevar la casa adelante y realizar todos los trabajos que esto conllevaba, además de atender a su marido. Las que hasta entonces habían trabajado, dejaban de hacerlo, a excepción de aquellas que por necesidad tuvieran que seguir haciéndolo.



A pesar de estar solas al frente de la casa y de tomar muchas de las decisiones que tenían que ver con lo doméstico, la opinión de las mujeres solía estar supeditada a la de los maridos.

“La mujer era esclava”, “Cuando a él le daba la gana, todo lo que él quería”

Las bodas eran todo un acontecimiento, a pesar de que la situación, en la mayoría de los casos, no permitía grandes celebraciones.

“Las bodas las hacíamos en casa porque no se podía ir de restaurante. Con nosotros vino un tío nuestro de Badajoz que estaba soltero y era cocinero, así que las bodas de mi hermana, de mis cuñadas y la mía las hicimos en casa y nos preparó todo él”. “¿Luna de miel? ¡Entonces eso no había! Yo no pude ir a ningún lado. No se iba. Tampoco se regalaba tanto, te regalaban un cacharrito y no veas lo contenta que venía yo con aquello!

Las mujeres recuerdan los detalles de sus trajes de boda, lo que indica que era para ellas un paso decisivo en sus vidas. “El traje de novia era muy bonito, fui de largo. Mi tío me dio el dinero, me compré la tela en Barakaldo y una chica de aquí que era costurera, Juli, que se ha muerto hace poco, me lo hizo. 250 pesetas de las de entonces me costó. El ramo de flores lo alquiló mi madre en Barakaldo, en una floristería, era muy bonito. Y el velo y la corona me los prestaron”



Embarazo y maternidad

En general, las mujeres de mayor edad no controlaban la maternidad, por la falta de información y de métodos anticonceptivos. Más adelante, en los años 60 y 70 era diferente. Una de las participantes afirma que *“hubiera tenido más hijos, yo tengo mi maternidad “no cumplida”. Hubiera tenido por lo menos cuatro, pero no se podía, porque si a mis hijos luego no iba a poder darles ni un plátano... Yo controlé mi maternidad. Teníamos preservativos, los traía mi marido de la fábrica, porque la cabeza me ha funcionado siempre muy bien”*.



Pero en general, antes de esta época las mujeres tenían los hijos e hijas sin control, no usaban métodos anticonceptivos.

“Como no había tantos adelantos, se tenían los hijos que venían, aunque se pasaba muy mal porque no estaban las cosas como ahora, no teníamos nada”. “¡Ay, si yo hubiera podido, no hubiera tenido tantos (hijos)!”

“Los hijos venían de sopetón”

“Tuve 8 hijos porque vinieron”.

“Tuve los cuatro en poco más de 5 años. O sea, no me daba tiempo a pensar, ¡ya estaba otra vez con tripa! Estuve tanto tiempo con tripa que no sabía cómo era mi cuerpo.” “Yo sé que me disgustaba porque eran muy seguidos y la vida no era de color de rosa. Eran muchos y los tiempos eran muy malos. Yo he tenido los cuatro sin darme cuenta” “Ah yo no sé” “Yo nunca usé nada de eso” “Yo no sabía (que existían), sólo sabía que se tiraría él en marcha. No existía más”

“Yo le decía (al marido), cuidado ¿eh?, ¡ojo!”

Una de las participantes recuerda que no tuvo acceso a los anticonceptivos hasta que tuvo su último hijo. Empezó a tomar anticonceptivos, pero no le sentaban bien, le pusieron un DIU, pero también se lo quitaron y le propusieron hacerse una ligadura de trompas “mi marido no quería; al principio me dijo que no, que ya se lo hacía él, pero luego llegó la hora y no quiso, ni hacérselo él ni que me lo hicieran a mí. Al final yo decidí que sí y me la hice”.

En cuanto al parto, si no tenían problemas, las mujeres daban a luz en casa y si no, en Cruces. Les asistía una comadrona y si hacía falta también iba un médico. La abuela de una de las mujeres fue comadrona en el pueblo, “con título ¿eh?”.



Una de las participantes cuenta que dio a luz a sus hijos e hijas en casa, con la ayuda de una comadrona. En su época ninguna mujer iba al hospital a dar a luz ni tampoco iban a que les viese el médico durante el embarazo. “¡El médico qué me iba a decir!”

“¡Sí, claro, en el hospital, sí!” “Fue “sonado” una de aquí que fue la primera de este pueblo que dio a luz en el hospital”

Además, las mujeres iban a dar a luz por primera vez sin saber muy bien cómo iba a ser. Algunas comentan que pasaron miedo, *“pero sabía que tenía que dar a luz, y punto”*. Al preguntarle si le pusieron anestesia en el parto, dice *“¡Uy, anestesia, qué va!”* En aquellos años había una desconfianza general sobre las anestесias o sobre ir al hospital, se pensaba que era más seguro dar a luz en casa.

El papel de los padres era secundario, sobre todo mientras las y los hijos eran pequeños. En el día a día, además, las mujeres estaban solas en lo que a la crianza y a la educación se refiere; los maridos no se ocupaban de criar a sus hijas e hijos porque la mayor parte del tiempo estaban trabajando, fuera de casa.



Situación política

La Revolución de Octubre es el primer acontecimiento que a las mujeres de más edad les tocó vivir, aunque la Guerra Civil fue, para muchas de ellas, como un paréntesis en sus vidas. Todas ellas tienen recuerdos terribles de la guerra, de los bombardeos, de las familias divididas, de miedo y de incertidumbre.

La mayoría de los hombres estaban en el frente, así que para las mujeres que se quedaron en casa fue una época dura, en la que no sólo se tuvieron que ocupar de las casas y de sacar las familias adelante, sino que se enfrentaron solas a situaciones hasta entonces desconocidas.

Cuando empezó la guerra la madre de una de las entrevistadas no quiso irse refugiada y se quedaron solas en el pueblo las mujeres de la familia porque los hombres estaban en el frente. “Se quedó el pueblo sin gente”.

En esta época se ve claramente cómo las madres eran el eje vertebrador de las familias, alrededor del cual giraban el resto de los miembros. Muchas de las familias se dividieron, puesto que se evacuó a muchos niños y niñas a Inglaterra y Francia, los hombres estaban en el frente, y muchas mujeres no querían marcharse o no podían porque tenían bebés o madres u otros familiares mayores o enfermos a su cargo.



“Madre nos repartió donde pudo, a una hermana la mandaron a Galdames a casa de unos familiares, tenía 11 años. Otra estuvo con unos tíos en El Hoyo”.

“Cuatro hermanos se fueron a Santander. La madre no quiso mandarnos a Francia porque no quería que nos separáramos”.

Una de las entrevistadas, recuerda cómo se las arreglaron para tener noticias de su familia: “Mis hermanos estaban en el frente, con el gobierno (republicanos); vino uno de los mayores y me dijo que nos íbamos a separar. Los chicos estaban luchando, mi madre se iba a quedar allí con los chiquitines y teníamos tres hermanos que estaban en Inglaterra, que se los habían llevado por la escuela.

Entonces mi hermano, que era muy inteligente, me dijo que nosotras (ella y su hermana, tres años menor) teníamos que marcharnos fuera, a Francia, para poder encontrar a los hermanos que estaban en Inglaterra y comunicarnos con ellos para que el resto de la familia tuviera noticias, sobre todo mi madre. Al llegar a Inglaterra escribimos al cónsul español y en tres días ya sabíamos dónde estaban mis hermanos y les escribimos. Cuando contestaron, escribimos a mi madre enviándole también la

carta de mis hermanos. Con nuestra carta mi madre resucitó”.

Para muchas niñas y niños, la guerra supuso separarse de sus familias, ya que se les evacuó a Francia y a Inglaterra para intentar protegerlos. Una de las participantes relata cómo sus primeros recuerdos coinciden, precisamente con este hecho, que la marcó para toda la vida.

“La guerra me cogió con cinco años, cuando mi hermana y yo fuimos evacuadas a Francia. Creo que fue en mayo o junio porque cuando llegamos a Francia estuvimos en un caserón grande con finca y recuerdo que había cerezas. Embarcamos en Santurtzi. Recuerdo que mi madre me despertó y mi hermano me cogió “a la pita paloma” (a hombros) y bajamos hasta el Crucero. Allí había un taxi, aunque no recuerdo hasta entonces que hubiera taxis en el pueblo... Montamos en el coche y fuimos hasta Santurtzi. Allí recuerdo cómo me agarraba a mi madre mientras mi hermana, unos años mayor, tiraba de mí para subir al barco. Nos metieron en las bodegas, con mucha otra gente y en aquel momento llegaron los aviones a bombardear. Todavía era de noche. Tengo grabado el ruido del mar, los gritos y los llantos de la gente y las llamas que salían de Campsa, que estaba ardiendo. Yo no sé lo que duró el bombardeo, pero los de la Cruz Roja debieron poner algo para que los aviones vieran que allí sólo había mujeres y niños”

Estas niñas pasaron no meses, sino años, separadas de su madre y hermanas y hermanos, pero en general tienen un buen recuerdo de la estancia fuera, porque se les trataba muy bien y las familias que las acogían (en ocasiones eran familiares que vivían fuera) las trataban como a hijas:

“Nos trataron muy bien, como a verdaderas señoritas, nos mandaron a la escuela, nos vestían, con aquellas boinas francesas...”

Otra de las mujeres cuenta que cuando tenía 12 años fue evacuada con su hermano a Inglaterra, a una colonia para niñas y niños. “Cuando la guerra, mi hermano y yo estuvimos en Inglaterra tres años.”

“Los barcos de Franco nos siguieron y querían bombardearnos, pero luego dijeron; no, vamos a dejarlos. No recuerdo haber pasado miedo porque entonces éramos jóvenes y esas cosas no se miraban”.



“Nos prepararon un campamento en un solar muy grande con tiendas de campaña, pero muy bien preparado, eh?, con camas, sábanas y mantas. Luego íbamos a un comedor todos los que estábamos y nos daban allí de comer”. “Nos trataron muy bien” “¡se pasaba bien!”

Pero no todas tienen un buen recuerdo de su estancia como refugiadas en Francia: “estábamos como en campos de concentración. Dormíamos en el suelo, durante dos años o tres. Estuve con mi madre, mi hermano y otras familias de Muskiz. No nos podían ni ver, encima teníamos que tragar eso. Aquí mal y allí peor. Comíamos arroz negro. Nunca se me olvidará”

Los bombardeos en Muskiz fueron muy numerosos, debido a la existencia de un campo de aviación republicano en el que había tan sólo ocho aparatos. Al intentar bombardear el campo de aviación,

muchas veces lanzaban bombas sobre el pueblo. “Los rusos hicieron un campo de aviación y por eso castigaron mucho al pueblo”.

Entonces tenían que correr a los refugios y permanecer allí hasta que las sirenas avisaran de que el bombardeo había terminado.

“Un día vinieron los aviones alemanes e italianos a bombardear, entonces salieron los ocho aviones del gobierno a atacarles y tiraron a un alemán. El piloto alemán cayó en la playa. Pero los aviones del gobierno tuvieron que volver a repostar y cuando estaban repostando vinieron más de veinte aviones alemanes y los machacaron allí, a los pobres”.



“Un día fuimos por la vía de Galdames hasta un túnel del tren, toda una cuadrilla de gente, y cuando volvimos habían matado a dos”

“La mayor bomba que tiraron fue en “el crucero” y se hizo un gran socavón”.

“Los alemanes venían con los aviones y tiraron un bomba y mataron a un chico. En el crucero hicieron un boquete que cabía un casa”, “estábamos todo el día pendiente de los aviones”, “teníamos que correr a los túneles que estaban en el monte que si no, nos mataban. Sonaban las sirenas y venían los aviones, venían pitando y todo el mundo iba a esconderse donde podía. Entonces no se podía ir a la escuela porque no te podías desplazar, te pillaban por el camino y te ametrallaban”.

A pesar de la situación y del miedo que los bombardeos generaban en la población, algunas mujeres cuentan anécdotas divertidas, fruto de la visión infantil del momento que les tocó vivir:

“Mi hermana y yo subíamos allí (Cotorrio), donde teníamos la viña para ver cómo bombardeaban el campo (de aviación). Mi hermana la mayor, que era una miedica, en cuanto se oía en la casa de la capillera que tocaba la sirena, corría para el alcantarillón debajo de la vía del tren. Mi hermana dormía ahí, en el alcantarillón, del miedo que pasaba.”

“Igual a las 5 de la mañana sonaban las sirenas y nosotros vivíamos en un caserío de dos pisos y había una subida en el monte para ir a la mina (La Mina Petronila)”. “Subíamos y nos metíamos en los huecos de las minas esperando a que volviera a tocar la sirena para ir a casa”.

Las mujeres relatan con detalle lo duro de aquellos momentos en los que las sirenas anunciaban un bombardeo: “si las sirenas sonaban una vez significaba alarma y si sonaba dos, era peligro y nos marchábamos”. Se refugiaban en los túneles, en las cuevas de las minas. Una de las mujeres, que tenía 12 años iba con su madre y otra hermana, “que era un bebé porque había nacido 15 días antes de la guerra”. La madre la llevaba “en mantos” al refugio. Iban muchas madres con los hijos e hijas. Llegó un momento que las mujeres convivían con cierta normalidad con los bombardeos: “había días que iba al refugio por la mañana con mi hermana pequeña mientras mi madre se quedaba en casa haciendo la comida”. Tenían que estar en el refugio hasta que la alarma les avisaba de que ya podían salir, a veces pasaban todo el día y comían allí.

Una de ellas cuenta que tenía unos 8 años cuando su padre se tuvo que ir a la guerra. Recuerda cómo se tenía que meter en una zanja de la huerta cuando bombardeaban y que a veces la onda expansiva le levantaba del suelo. Le llevaban a un refugio cerca de La Peña, era como una cueva, en Santa Cruz. “Mi madre se quedaba en casa, la pobre”.

Además de las sirenas, antes de que llegaran los aviones de los alemanes solía pasar primero un avión que la gente llamaba “el alcahuete” y al verlo ya sabían que vendrían los otros a bombardear. Durante la guerra, la casa de una de las entrevistadas fue confiscada por estar en un lugar estratégico. La familia tuvo que marcharse a vivir a un túnel en el que ya había entonces varias familias. Allí vivieron alrededor de dos meses, sin poder volver a su casa.

“Había mucha gente, muchas familias con niños. Habíamos bajado colchones del caserío y dormíamos todos juntos. Salíamos a tomar un poco el sol cuando podíamos, pero había que tener cuidado con los aviones; en cuanto oíamos el zumbido de los aviones corríamos a refugiarnos dentro. Sacábamos a las vacas a pastar un poco y también las ordeñábamos en la calle. Luego se ponía la leche en un puchero muy grande, que a lo mejor tenía 18 litros, para hervirla. Un día, mi madre justo acababa de separarse del puchero, cuando cayó un obús en el puchero. Los obuses los lanzaban desde Punta Lucero, ¡fíjate que puntería! Con los aviones, las vacas y los perros se asustaban mucho y se metían corriendo para dentro. A dos personas las mataron en la misma boca del túnel. Estábamos en medio del frente”

Durante uno de los bombardeos murieron dos hombres jóvenes del pueblo, un hecho que todas las mujeres sin excepción recuerdan y relatan: “En aquella época mataron a muchos del pueblo, a un hijo de Incio, que estaba ordeñando y salió a la puerta a dar leche a unos que venían escapando de Bilbao hacia Santander ¡con burros y como se podía!, a otro de Abruquín, de la carnicería de Somorrostro...venían muchos días, pero aquel día mataron a esos dos”.

La guerra fue el acontecimiento que marcó la vida del pueblo para siempre. Una de las participantes lo expresaba así: “La guerra fue muy dura para todos, lucharon hermanos contra hermanos, aquí hubo un barbero de La Rigada, Barrios se apellidaba, que tuvo tres hijos que murieron en Castrolén, me parece. Uno estaba haciendo la mili y vino pegando tiros con los de Franco, y los otros dos que estaban aquí, luchaban con las quintas. Los tres murieron. Fue muy triste”

“Lo de la guerra fue espantoso”. “A mi hermano lo mataron al día siguiente de llegar al frente”.



Una de las mujeres cuenta que cuando volvieron a Muskiz, les habían robado todo lo que tenían en casa, muebles, camas.... Después recuperaron parte de sus cosas; las camas, la máquina de coser, etc.

Otra mujer, recuerda la tristeza que le produjo encontrar el pueblo en esas condiciones a su regreso de Francia: “encontré un pueblo de ruinas, todo destruido, la gente mísera, con cara de hambre. Fue como bajar del cielo al infierno. Nuestra casa estaba en ruinas, no tenía ventanas, no tenía puertas... Fue muy triste, mi padre enseguida preso, mi madre no tenía nada, mi abuelo con ochenta y tantos años, allí, sentado en el banco del caserío... Recuerdo que cuando llegamos el perro vino corriendo a saludarnos”.

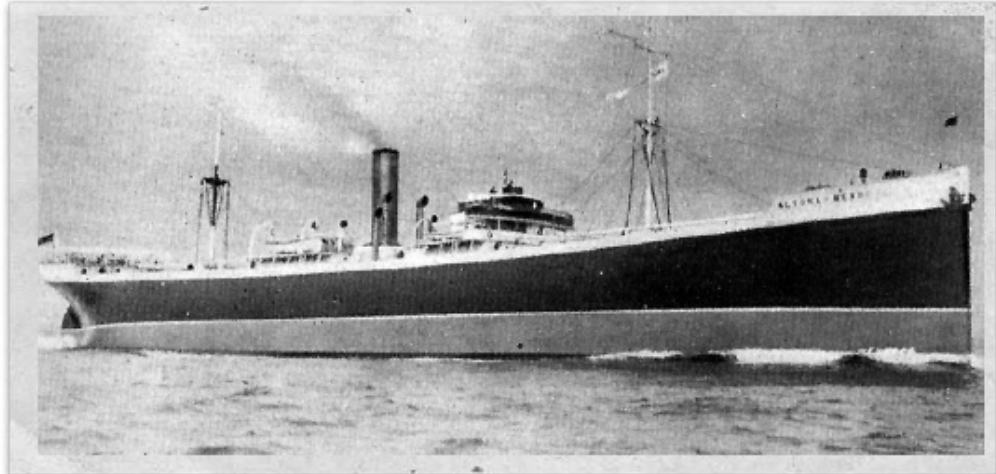
Los recuerdos de la época son muy duros. Pasaron hambre, frío y muchas necesidades. “No había agua en las casas, había que ir a lavar al lavadero. Empezamos a ir a la escuela con las almadreñas, no teníamos zapatos”.

El Auxilio Social daba de comer a las familias, pero las familias de comunistas no recibían esta ayuda. “En el pueblo la mayoría de la gente era comunista, socialista o anarquista y había alguna familia nacionalista, pero pocas, y en general, toda la gente se llevaba bien”.

Hacia el final de la guerra, las mujeres seguían solas en el pueblo. Los soldados italianos iban vestidos de paisano y se acercaban a las casas para coger ropa con la que poder cambiarse. Algunos trataban bien a la gente, pero otros no tanto. Una de las mujeres cuenta que dos de sus primas tenían tuberculosis y un soldado italiano quería “comprometer” a una de las primas, pero otro soldado italiano le riñó para que la dejase tranquila.

Hubo miles de prisioneros, entre los cuales estaban muchos hermanos y padres de estas mujeres, que tenían que ir a visitar y a llevarles comida, algunas a Bilbao, a Larrinaga, pero otras incluso hasta

Santoña. “Íbamos a visitar al padre a la cárcel de Santoña, El Dueso, yo con mi hija que era un bebé y mi hermano. Íbamos andando hasta Sopuerta, donde cogíamos el tren para llegar a Santoña”.



“A mi padre lo cogieron preso en Carranza. Estuvo cinco años, porque fue de los que perdió la guerra. Cuando estaba preso en Bilbao, creo que en Los Escolapios, íbamos a pasearnos con mi madre por la acera para que nos viera”.

“Íbamos a comprar a Burgos (a Miranda de Ebro) cosas porque aquí no había nada. Iba con mis cuñadas y luego parte de lo que traíamos lo vendíamos”. Al volver de uno de esos viajes entraron unos militares y les quitaron todo lo que había comprado. “Y yo llorando a casa”.

Una de las mujeres recuerda un cantar de la época sobre los prisioneros que había en Deusto, en el barco Altuna-Mendi: “hay quinientos hombres presos, que a sus seres más queridos no se les permite verlos”.

“Yo tuve que ir detrás de mis hermanos muchas veces, a llevarles comida, a verles cuando me dejaban...uno de mis hermanos estuvo preso en el Altuna-Mendi y yo iba a llevarle comida, aunque a veces no nos dejaban ni verles...le llevaba verdura del caserío, un poco de pollo para que comiera...”.

La postguerra supuso hambre, necesidad, represión...todas las mujeres sin excepción la recuerdan como una época de escasez y tristeza.

“No teníamos nada que comer porque el ayuntamiento daba un paquete, pero como éramos hijos de comunistas no nos daban nada. Si la iglesia daba algo, no nos lo daba porque éramos hijos de comunistas. Mira qué culpa teníamos nosotros”.

Los hombres estaban presos, algunos se apuntaban a los batallones de trabajadores, porque les decían que les iban a dar dinero a las familias, aunque parece ser que a muchas familias no se les entregaba el dinero por motivos políticos: *“A mi padre le mandaron en un batallón de trabajadores al sur de España o a Melilla. A las familias les iban a pagar por ese trabajo, porque el dinero lo mandaban a los ayuntamientos para que se lo hicieran llegar a las mujeres. Pero como el ayuntamiento de aquí era de los que habían ganado la guerra, el alcalde no nos dio ni un céntimo”.*



La dictadura fue también una época dura en todos los sentidos, aunque tampoco todas las mujeres la vivieron igual. En todo caso, la vida del día a día estaba completamente condicionada por el régimen, tal y como nos cuentan muchas de estas mujeres: “Estaba muy mal visto, hubo que luchar mucho; estando ya casada, a mí se me ocurrió que podía ponerme a trabajar en Tarabuchi, que había mujeres, pero mi hermano me dijo, “tú te quedas en casa fregando!” era una dictadura muy fuerte, la del “macho moro”. Tampoco podías abrir una libreta a tu nombre, las hipotecas tenía que firmártelas el marido”.

Algunas mujeres recuerdan cómo el Régimen castigaba con dureza a las familias nacionalistas.

“Cuando Franco estaba en el poder, nos visitaban muchos policías que iban a casa a controlar los gastos que teníamos, como la electricidad. También me amenazaron con cortarme el pelo, que era algo que se hacía mucho con las mujeres del bando republicano”.

“Más adelante nos obligaron a ayudar en el local de la falange, en Auxilio Social. Allí una amiga y yo cocinábamos para los falangistas, para los que estaban en la retaguardia. Nos trataban bien porque era gente conocida de toda la vida, pero no nos pagaban nada. Sabían que éramos nacionalistas y nos castigaban de esa manera. Entonces yo tendría unos 25 años”.

“Hubo muchos presos, las huelgas de los trabajadores y las dificultades de las familias para comer. Se requisaban todos los productos del caserío; subía en alguacil a vigilar y a controlarlo todo, así que había muchas cosas que se hacían a escondidas. Mi padre, regalaba la leche a las familias que no podían pagarla, porque decía: “nuestros hijos están mal, pero esta gente está peor”.

“En la dictadura lo pasamos muy mal, sobre todo al principio, no se podía hablar de nada, hubo mucha hambre, mucha necesidad, mucha gente que murió... El racionamiento, que nos daban 100 gramos de azúcar cada quince días. Recuerdo algunos vecinos que iban donde mi madre y le ofrecían el cupón para coger unas galletas, porque ellos no tenían dinero para cogerlas. Mi madre me mandaba a por un litro de aceite a donde la churrera, que costaba 100 pesetas, ¡lo que ganaba mi padre en una semana!”

Una de las mujeres recuerda que acudía a las manifestaciones por los derechos de los trabajadores cuando había huelgas: *“Iba a muchas manifestaciones por las huelgas de los obreros, nos corrían los grises, a mi hermano le cogieron preso porque era de los primeros que se plantaban, pero ¡Alguno tenía que ser! Aquello fue entre los años 50 y 60 y tantos. Además la policía precintaba las fábricas y así igual se pasaban tres meses sin trabajar. Fue muy duro, se vivía muy mal.”*

Una de las participantes, recuerda el sufrimiento que su familia pasó por la ideología paterna.

Aunque afirma sentirse muy orgullosa de su padre y de su lucha, también comenta:

“La política nos arruinó la juventud, la niñez, la escuela, nos arruinó todo. La política es para el que vive de ella”.

“Yo nunca había visto una ikurriña hasta poco después de morir Franco que la pusieron aquí en un árbol”.

Mujeres socialmente activas

A pesar de las situaciones difíciles que pasaron a lo largo de sus vidas y, a veces, precisamente por este motivo, nos encontramos con mujeres con inquietudes, activas, con ganas de hacer cosas. Una de las participantes cuenta cómo iba, con otras mujeres, a las manifestaciones que se organizaban reivindicando el derecho de las mujeres a votar: “había que sacrificarse y reclamar nuestros derechos, porque entonces las mujeres no valíamos para nada, ¡no se nos tenía en cuenta! Sólo nos dejaban trabajar en casa, pero no podíamos ni votar. Mi padre me animaba a que fuera, porque se hicieron manifestaciones en Somorrostro, pero también fui un par de veces a Bilbao (...) Hubo que luchar, pero lo conseguimos”.



En algunas mujeres la conciencia política es patente: “Toda la familia republicana, mi padre socialista, el resto, los hijos, todos de izquierdas ¡no iba a cambiar yo! Fui hija de campesinos, hermana de campesinos muy trabajadores ¡mi padre dio de comer a toda la familia y a todos los que no tenían que comer!”

Ya en su madurez, cuando los hijos se marcharon de casa, las mujeres no querían quedarse en casa sin hacer nada. Acostumbradas a una vida de actividad y trabajo, no querían quedarse paradas: “yo no me iba a quedar en casa, quería hacer cosas, así que lo primero que hice fue venir a la Casa de la Cultura, luego me apunté a la EPA, a cultura general; saqué el graduado escolar, aprendí a usar internet, he intentado hacer de todo. A mi marido no le gustaba nada pero yo necesitaba hacer cosas”.

“Yo hace diecinueve años que voy a la EPA. Allí escribimos, leemos, hacemos cuentas, estoy muy contenta, tanto que voy todos los días, haga el tiempo que haga”.

Algunas de ellas participan hoy activamente en la asociación de mujeres de Muskiz, porque tras una vida de trabajo duro, siguen con ganas de hacer cosas y de trabajar de alguna manera para mejorar la vida de las mujeres.

La Religión

La religión tuvo sin duda alguna una influencia muy notoria en la vida del pueblo, pero más, si cabe, en la de las mujeres. La doctrina de la iglesia se inculcaba desde la infancia, tanto a los niños como a las niñas, pero eran éstas las que después iban a transmitir estos valores a sus hijas e hijos. De hecho muchas mujeres coinciden en que sus madres eran muy religiosas, mientras que los padres podían incluso ignorar esta faceta de la educación de sus hijos e hijas.



“Mi madre era muy católica. A las seis y media nos levantábamos nosotras para ir a misa. A las siete ya estaba mi madre esperándonos con un balde para ir a lavar al lavadero, al río”

Varias participantes tienen malos recuerdos relacionados con la iglesia: “Fue una experiencia muy mala, los curas eran todos unos dictadores, te obligaban a ir a misa, quisieras o no. No estaban en la escuela, pero iban todas las semanas a tomarnos el catecismo; si no te sabías la tabla de multiplicar no pasaba nada, ¡pero como no te supieras las oraciones y el catecismo...! Aunque el padre no era practicante, la madre sí que lo era y nos enseñaba las oraciones y nos llevaba a misa, porque los lunes los curas pasaban lista a ver quién había ido a misa y quién no”.

Durante la dictadura, una mujer cuenta que “la religión y los curas eran muy malos, pero había que meterse en el sistema, porque la dictadura era muy mala y había que tragar, para que tus hijos tragaran menos...No había otra. Toda mi vida he vivido en una dictadura, porque no se podía hablar pero hoy todavía no puedo hablar”.

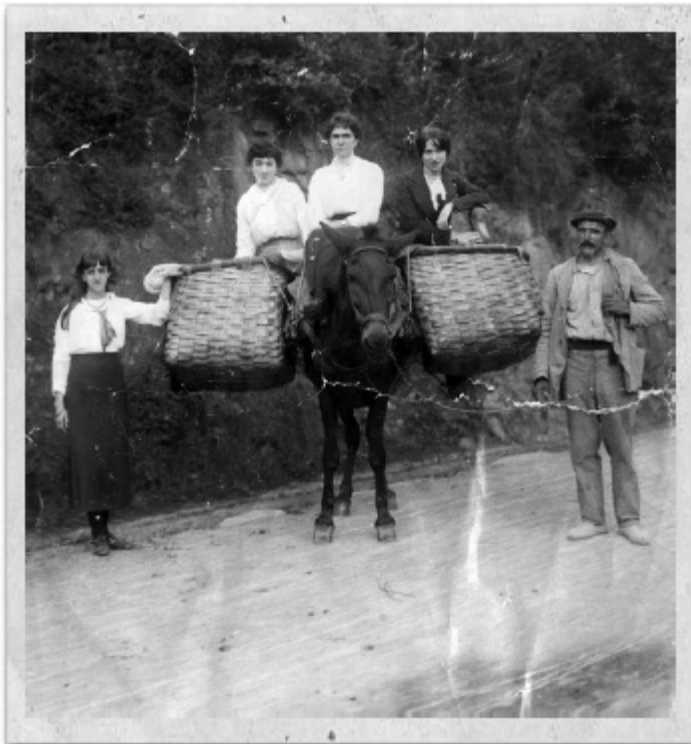


El euskera

Ninguna de las participantes ha conocido el euskera en la zona, aunque las que tenían familia procedente de otros sitios (Dima, Durango, etc.) sí lo han oído de pequeñas. *“Toda la familia nacimos aquí, pero en aquella época en las Encartaciones no se hablaba, sólo se hablaba en las zonas “del vascuence”, en Bermeo, en Durango...”*

Dos de las mujeres comentan que tienen mucha pena de no haber podido aprender euskera. Cuando ellas eran jóvenes no se oía euskera en el pueblo porque estaba prohibido. “Las aldeanas que bajaban a vender sus productos no podían ni decir agur”.

“Mi padre era de Sondika y era euskaldun, pero los hijos ya no pudimos aprenderlo, y tengo mucha pena por ello”.



La lavadora

Teniendo en cuenta que la mayoría de las participantes han vivido en algún momento de su vida sin agua corriente en casa, además del duro trabajo que suponía tener que lavar la ropa en los lavaderos o en el río, incluso durante el invierno, la llegada de la lavadora fue para las mujeres, toda una revolución:

“Antes había que ir al lavadero, pero luego con la lavadora “meter y sacar, ¡qué cosa más buena! (risas)” “La lavadora ha sido media vida para las mujeres”.

Una de las mujeres cuenta que según le comentó al marido que había visto una lavadora en la tienda, este le dijo *“cómprala, pero inmediatamente”*. En el caso de las mujeres más mayores, algunas le quitan importancia al hecho de tener una lavadora. En aquella época se creía que la lavadora estropeaba la ropa y todavía se lavaba mucha ropa a mano. Pero con el tiempo sí se apreció, *“aquello era casi, casi una revolución”*.

Algunas anécdotas

“Estando refugiadas en Baiona, descubrí el gas butano, cuando mi tía acercaba una cerilla al fogón y se encendía. ¡Parecía magia! Todo estaba más avanzado que aquí.”

“Recuerdo muy bien el momento en que llegaban los trenes al pueblo. La gente decía: “Mira, el tren de las seis” o “el tren de las siete” ¡Era como una manifestación, pero de obreros que venían de trabajar, con sus cestitos de la comida vacíos! El tren ha estado muy presente en nuestras vidas”

“Entonces los obreros iban en tren a trabajar, pero venían a coger el tren desde Galdames. Después, a la noche, tenían que volver andando a sus casas y si tenían ganado a lo mejor tenían que hacer algo. ¡No les daba tiempo ni a dormir! Después ya les pusieron un autobús y como se pasaba mucho tiempo haciendo ruido con el motor “brom, brom, brom”, le pusieron “el negro zumbón””.

“Las mujeres entonces no conducían, recuerdo la primera vez que vi una mujer en un coche, porque ya habían empezado a venir los que se habían marchado fuera, la gente que había ido de emigrante a Chile y a otros sitios, cuando tenía 16 ó 17 años, venían casados y las mujeres eran más modernas. Nos reíamos mucho”

“Cuando vine de Extremadura y vi el mar por primera vez... ¡no pensaba que todo aquello podía ser agua! Yo venía del viaje con un resaca ¡bebí un trago de agua y me sentó fatal! Cuando los críos eran pequeños solíamos ir, pero luego ya no...”

“También me impresionó la primera vez que vi nevar, porque en Badajoz no solía nevar y me gustaba mucho. Jugábamos mis hermanos y yo en el portal, atábamos una cuerda a la puerta y la abríamos para que entraran los pájaros dentro y los cogíamos. Era una novedad.”

Una de las mujeres comenta que se pasó años conduciendo sin carnet. Incluso una vez trajo a unos guardias civiles en su coche, a pesar de haberles dicho que no tenía el permiso.

“Cuando estuve sirviendo, mi compañera de trabajo, en una de las casa en las que estuvo, se llamaba Prásedes y yo Predes, así que los niños de la casa nos decían “¡Pra-pre-pri-pro-pru!” y salían corriendo por la casa”.

“Mi madre era conocida en el pueblo porque era muy buena curando esguinces “mi madre curaba los brazos y todo; le llamaban “Burgalesa”.

Participantes

Este proyecto no hubiera sido posible sin la participación de:

Matilde Abarrategui 1914, Muskiz, 98 años

M^a Teresa Aizpurua, Santander, 1938, 74 años

Aurora Angulo, Muskiz, 1921, 91 años

Inés Argull, 1939, Muskiz 73 años

Sara Atienza, Muskiz, 1934, 78 años

M^a Dolores Balbas, Muskiz, 1918, 94 años

Esther Barragán, Muskiz, 1928, 84 años

Asun Belmonte, 1941, Ontón, 71 años

Daniela Bustamante, Muskiz, 1928, 84 años,

Catalina Caballero, Palencia, 1934, 78 años

Begoña Diego, Muskiz, 1929, 83 años

Neme Diez Saez, 1928, Burgos, 83 años

Emili Esteban , Muskiz 1934, 78 años

Carmen Fernández, Santurtzi, 1926, 86 años

M^a Socorro Fernández, Muskiz, 1922, 90 años

Angelita Fernández Rastrojo, Badajoz, 1945, 67 años

Aurora Fradejas, Muskiz, 1936, 76 años

Marina Gómez, Muskiz , 1923, 89 años

M^a Jesús Gómez, Muskiz, 1926, 86 años

Toñi Gómez, Menerea, Muskiz, 1931, 81 años

Marcelina Gontán, Cáceres, 1938, 74 años

Luz Laza Recio 1917, Muskiz, 95 años

Vitori Lejarza, Muskiz, 1936, 76 años

Rosario Lertxundi, Muskiz , 1930, 82 años

Esperanza Martín, Muskiz, 1927, 85 años

Basilisa Miguel, 1939, Muskiz, 74 años

Trinidad Monreal, Muskiz, 1923, 89 años

Pilar Moraleda, Santander, 1926, 86 años

M^a Ángeles Muguruza, Muskiz, 1931, 81 años

Manuela Ocejo, 1925, Muskiz, 86 años

Oliva Ocejo, 1923, Galdames, 88 años

Luisa Eugenia Predero, Muskiz, 1925, 87 años

Carmen Rastrojo, Badajoz 1914, 98 años

Predes de las Rivas, Muskiz, 1935, 77 años

Casilda Saratxaga, Muskiz, 1917, 95 años

M^a Cruz Sierra, Muskiz, 1930, 82 años,

Valentina Trueba, Muskiz, 1935, 77 años

Miren Edurne Zubizarreta, Muskiz 1931 , 81 años



Bibliografía

- Aresti, Nerea: Las trabajadoras vizcaínas (1870-1936), BBK, Bilbo, 2006
- Díez Fuentes, José Manuel: República Y Primer Franquismo: La mujer española entre el esplendor y la Miseria, 1930-1950, Universidad de Alicante
- Gómez Cuesta, Cristina: Entre la flecha y el altar: el adoctrinamiento femenino del franquismo. Valladolid como modelo, 1939-1959, Cuadernos de Historia Contemporánea 2009, vol. 31, 297-317
- Jubeto, Yolanda: Euskal Herriko Emakumeen Historia izeneko Formazio Koadernoan “Euskal herriko emakumeak eta lana. Azken mendean izandako bilakaera eta gaur egungo egoera”. IPES. Bilbao, 2002.
- Llona, Miren: Memoria histórica y feminismo, ponencia, diciembre 2009
- Pérez Pérez, J.A: Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial metropolitana del Gran Bilbao (1958-1977). Trabajadores, convenios y conflictos. Biblioteca Nuevo Instituto de Historia Social Valentín de Foronda. Madrid, 2001.
- Pérez Pérez, J.A: Oroimenaren ispiluak. Basauriko emakumeen ahozko historia 1937-2003. Bilbao, 2004.
- Precedo Ledo, A.J.: Bilbao y el Bajo Nervión, un espacio metropolitano. Bilbao, 1977.
- Ramos Martín, Felipe: Arrigorriaga. Bizkaiko Herrien monografiak. Bizkaiko Foru Aldundia. Bilbao, 1993.
- Roca i Girona, Jordi: Los (no) lugares de las mujeres durante el franquismo: el trabajo femenino en el ámbito público y privado, Geronimo de Uztariz, núm. 21 pp. 81 -99
- José Ramón Zabala, El exilio más oculto. Intelectuales y artistas vascas en el exilio
- Recopilación fotográfica realizada por Antón Larrazabal
- <http://www.aranacorral.com/presentacion.htm>

Licencia



Nosotras contamos la historia de Muskiz: Memoria histórica colectiva de las mujeres de Muskiz por Muskizko Udala se encuentra bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).